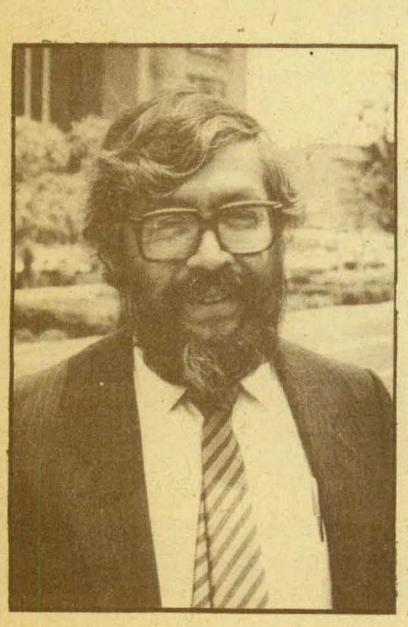
La reconstrucción

¿Cómo Y Con Qué?

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



No acabaremos nunca de llorar a los muertos, de dolernos por la angustia de quienes se quedaron atrapados y perecieron luego de sufrimientos que ni imaginar podemos; de padecer junto con quienes lograron ser rescatados; de compartir las heridas de quienes las recibieron al venirse abajo el mundo en que habitaban.

No acabaremos nunca de hacer el inventario de lo que se perdió a partir del jueves 19. Y sin embargo, hemos de enfrentar las exigencias de la vida, y plantearnos, todos, el tema de la reconstrucción. Todos hemos de dar respuesta a las varias interrogaciones que el asunto plantea. Especialmente el cómo y el con qué.

Cómo hacer la reconstrucción supone optar por un modelo de ciudad, ahora que las lúgubres circunstancias en que vivimos nos dan esa excepcional oportunidad. El examen de tres ámbitos específicos nos daría orientaciones respecto de cómo proceder a la reconstrucción. Se trata de las zonas habitacionales pobres; de los edificios hospitalarios, y de las oficinas públicas.

Para encarar la dotación de vivienda a quienes la perdieron (y como es claro en este rubro hay que incluir no sólo a los moradores de habitaciones que se vinieron abajo, sino a las que quedaron inservibles, o a las que están amenazadas por daños contiguos, o los que fueron desalojados por codiciosos propietarios que aprovecharon la oportunidad) lo primero que hay que hacer es romperle el espinazo al monstruo de la especulación inmobiliaria. Se dirá que es una medida exagerada proponer la expropiación de los terrenos baldíos que hagan falta. Pero es que la situación es exagerada, es de emergencia, aunque el gobierno se haya resistido a declararlo así formalmente. En 1942, a pesar de que la entrada de México en la segunda guerra fue puramente virtual y que, para nuestra fortuna, nos mantuvimos distantes de los teatros bélicos, pareció necesario declarar el estado de emergencia y legislar consecuentemente. Ahora, cuando a muchas bocas acude la comparación de nuestra ciudad con la Beirut permanentemente bombardeada por las facciones libanesas en pugna, o por los invasores israelí o norteamericano; es decir, ahora que la ciudad y otros puntos de la República padecen estragos que efectivamente parecen generados por una guerra, hemos de cobrar conciencia de que se requiere responder a las nuevas situaciones con medidas apropiadas a la dimensión de la tragedia.

Resuelto que fuera el problema de la tierra, tendría que encararse el de si conviene otra vez caer en la tentación faraónica de los grandes conjuntos habitacionales; y enfrentar la cuestión de si hemos de ser capaces de vencer el hacinamiento de las minúsculas viviendas de la parte más antigua del México afectado. Es decir, hemos de resolver la cuestión de si han de privar los ingredientes puramente técnicos y financieros del problema o si ha de darse prevalencia a los que conciernen a la convivencia y a las relaciones humanas.

En lo que toca a los servicios de salud, se anuncia ya la reconstrucción, en el mismo sitio, del Centro Médico Nacional. Esa es una decisión por lo menos apresurada. Quizá debiera de tomarse en cuenta la corriente crítica que cuestiona el ejercicio de la medicina pública conforme a modelos industriales. Es decir, quizá debiéramos, por una parte, combatir la tendencia a las grandes inversiones en medicina curativa mediante su traslado a los aspectos sociales que previenen la enfermedad; y por otro lado impulsar el antigigantismo (**small is beautiful**, dicen en inglés los favorecedores de esta corriente) para proclamar la conveniencia de muchas instalaciones pequeñas distribuidas donde hagan falta y no pocas enormes como las que allí se concentraron. Quizá para la prestación de ciertos servicios sea inevitable el gran tamaño, pero difícilmente se encontraría una razón valedera para atar, unos a otros, hospitales digamos de oncología y de neumología, que ni siquiera disponían de servicios comunes, pues hasta la administración de cada cual era independiente.

Y en cuanto a los edificios de gobierno, las opiniones coinciden en aprovechar la coyuntura para una descentralización administrativa. Esta no tiene por qué ser mécanica. No es imprescindible que la Secretaría de Marina se ubique en un puerto, pues su tarea es rectora (aunque sea necesario, en este mismo ejemplo, que se corten de tajo absurdos como el que el Centro de Estudios Superiores Navales ¡esté en Reforma, entre Donato Guerra y Bucareli!) y por lo tanto puede ser ejercida desde el altiplano.

Tal vez sea la hora, en consecuencia, de descongestionar la ciudad pero con un criterio unificador y no el que por casualidad ha dispersado por diversos rumbos de la ciudad edificios públicos que para conectarse entre sí requieren desplazamientos que complican y entorpecen el tránsito de una urbe ya muy congestionada.

Hay sin embargo, una cuestión que, como en el lenguaje forense, es de previo y especial pronunciamiento. ¿Con qué dinero vamos a pagar la reconstrucción a que nos obliga el terremoto del 19 de septiembre? Ya éramos un país en dificultades angustiosas, no sólo por nuestra estructura dependiente, sino por factores presionantes que se acumularon en los últimos años. El sismo agravó de súbito esas condiciones. Aunque es temprano para ofrecer una cifra de lo que será necesario invertir sólo para volvernos a una situación análoga a la del 18 de septiembre, es claro para todos que se trata de muchos miles de millones de pesos, especialmente si se eligen fórmulas de reconstrucción menos apegadas a la economía que a las verdaderas necesidades humanas.

Es verdad que fluyó ayuda internacional de un modo solidario y agradecible. Pero en su mayor parte se trata de auxilios para lo inmediato, y aunque no fuera así, su monto es relativamente reducido: la señora Reagan trajo consigo un donativo de un millón de dólares. La cifra es grande, en sí misma, pero es levemente menor de lo que tenemos que pagar cada hora, sólo por los intereses de nuestra deuda externa.

Allí está la clave, única, a la que inexorablemente deberemos acudir: Ya era insoportable para la mayor parte de los mexicanos la prioridad rigurosamente observada por el gobierno de pagar primero al exterior y comer después aquí adentro. Hoy esa carga se ha vuelto imposible de sobrellevar.

Una nueva, abrumadora responsabilidad ha recaído con el gobierno. El juicio de sus contemporáneos, y el de la historia, será implacable contra él si, inadvertido de la gravedad de esta hora, elige preservar la fama de buen pagador por la que tanto se ha afanado, y posterga en consecuencia el derecho de los mexicanos, especialmente de los damnificados, a dedicar el fruto de su trabajo a la regeneración de sus espacios de habitación, de trabajo, de encuentro, de esparcimiento.

9/X/85